RAINER MARIA RILKE: POEMAS A LA NOCHE *

LA TRILOGIA ESPAÑOLA

I

De esta nube, mira: la que a la estrella
así impetuosamente oculta, que estrella ahora fue (y de mí);
de esta serranía, al fondo, que, noche ahora,
vientos nocturnos tiene por un tiempo (y de mí);
de este río en lecho profundo, que el destello
de un claro de cielo desgarrado aprisiona (y de mí);
de mí y de todo esto hacer una sola
cosa, Señor: de mí y del sentimiento
con que el rebaño, encerrado en el aprisco,
acepta, en la espiración de su aliento, el grande y oscuro
no-ser-más del mundo; de mí y de aquella luz brillando
en medio de la oscuridad de muchos hogares, Señor:
hacer una cosa de lo que me es extraño, pues
a nadie conozco, Señor, y de mí, y de mí
hacer una *cosa; de los que duermen,*
de los desconocidos ancianos en el hospicio,
que con importancia tosen en las camas, de
los niños semidormidos en un pecho tan extraño,
de tantas cosas imprecisas y siempre de mí,
de nada más que de mí y de lo que no conozco,
hacer la cosa, Señor, Señor, la cosa
que, cósmico-terrenal como un meteoro,
reúne a escape en su gravitación tan sólo
la suma: no sopesando sino la llegada.

II

¿Por qué uno ha de andar de este modo por la vida
tomando sobre sí cosas tan extrañas, como quizá el cargador
que levanta de puesto en puesto el cesto ajeno
de la compra, cada vez más lleno, y agobiado camina
detrás, y no puede decir: Señor, para qué el festín?

---

* Traducción de Jaime Ferreiro.

¿Por qué uno ha de estar aquí como el pastor,
tan expuesto a la desmesura del influjo cósmico,
participando tanto de este espacio lleno de suceso,
como si su destino estuviera apoyado a un árbol
del paisaje, sin hacer más?
Y sin embargo, en su exorbitante mirada
no tiene el silencioso alivio del rebaño. No tiene
sino mundo. Tiene mundo cada vez que levanta la vista,
mundo en cada inclinación. Lo que para otros resulta
placentero, de pasada se cambia para él, e inhospitalaria-
mente como música y a ciegas le penetra en la sangre.

Entonces se yergue en la noche y la llamada
del pájaro, afuera, la tiene ya en su existencia,
y se siente osado, porque recoge en su mirada
todas las estrellas, grave. Ay, no como el que
prepara esa noche para la amada
y la mima con la intimidad de los sentidos cielos.

III

Y no obstante, ojalá que cuando solitario me halle de nuevo
en medio de la aglomeración de las ciudades y de la enmarañada
madeja de ruidos, en medio del laberinto de vehículos,
ojalá que, por encima del espeso bullicio ciudadano,
vuelva a mí el recuerdo del cielo y el térreo borde de la montaña
que desde la lejanía pisa el rebaño camino de la majada.
Pétreo esté mi ánimo
y que la obra cotidiana del pastor sea hacedera para mí.
Qué gallardo va curtido por el sol, y cómo ribetea con piedras
bien medidas el rebaño allí donde se desfleca.
Lento el paso, no leve, con cuerpo pensativo,
pero magnífico cuando se para, aún le sería dado
a un dios revestirse en secreto de su figura, y no por eso sería menos.
Alternativamente avanza y se detiene, igual que el día mismo,
y las sombras de las nubes
le atraviesan como si morosamente el espacio
pensase pensamientos por él.

¡Sea lo que fuere para vosotros! Como la luz que de noche
oscila detrás de la pantalla, así me sitúo yo en su interior.
Un destello de luz se sosiega. La muerte
encontraría su camino más puro.

(Ronda, entre el 6 y el 14 de enero de 1913.)

☆

AL ANGEL

Fuerte, tranquila luminaria, en el límite
colocada: arriba la noche se hace exacta.
Nosotros nos derrochamos en la oscura
zozobra sobre la que se yergue tu pedestal.

Lo nuestro es: ignorar la salida
de la extraviada circunscripción interior,
tú te muestras sobre nuestros obstáculos
y los enciendes como una alta montaña.

Tu júbilo está por encima *de nuestro reino*
y apenas captamos su precipitado;
como la pura noche equinoccial de primavera
estás tú dividiendo entre día y día.

¿Quién sería capaz de infundirte algo
de la mezcla que secretamente nos enturbia?
Tú tienes la majestad de todas las grandezas,
y nosotros estamos ejercitados en lo más ínfimo.

Cuando lloramos somos tan sólo enternecedores,
cuando miramos estamos a lo sumo despiertos;
nuestra sonrisa no es mucho más seductora,
y aun cuando seduzca, ¿quién va tras ella?

Uno cualquiera. Oh ángel, ¿me quejaré, me quejaré?
Pero, ¿cómo sería entonces la queja mía?
Ay, yo grito y golpeo con dos maderos,
y no siento el eco de ser escuchado.

El que yo hiciera ruido no sería en ti más perceptible,
si tú no me sintieses porque soy.
¡Alumbra, alumbra! Hazme más contemplado
entre las estrellas. Pues me desvanezco.

(Ronda, 14 de enero de 1913.)

☆

Así forcejeando contra la robusta noche
arrojan sus voces en carcajada estrepitosa,
que chisporroteando arde. Oh mundo insumiso
de denegación colmado. Y, sin embargo, respira
el espacio en que se mueven las estrellas. Mira,
esto no nos necesitaba, y entregado extrañamente
a lo distante podía incorporarse a lo desmesurado
de las lejanías, haciendo caso omiso de nosotros.
Y ahora se nos torna propicio y nos llega al rostro
como el mirar de la amada; se abre de pronto
frente a nosotros y distrae quizá con nosotros
su existencia. Y nosotros no la merecemos.
Quizá se sustrae de los ángeles algo de su energía
para que el cielo estrellado ceda a nuestro empeño
y se adhiera secretamente a nuestro turbado destino.
Mas en vano. Pues, ¿quién lo percibiría? Y aun cuando
uno lo percibiese: ¿a quién le sería dado reclinar
la frente en el espacio de la noche como en su propia ventana?
¿Quién no la ha rehuido? ¿Quién no ha introducido
solapadamente en ese congénito elemento
noches falseadas, malas, contrahechas,
sin considerarse por ello satisfecho?
Suplantamos a los dioses por residuos fermentados,
pues los dioses no halagan. Los dioses tienen existencia
y nada más que existencia, sobreabundancia de existencia,
pero no perfume ni insinuación. Nada hay tan mudo
como la boca de un dios. Bello como un cisne
sobre la superficie sin fondo de su eternidad:
así boga el dios, y se sumerge y cuida su blancura.

Todo seduce. Incluso el tierno pajarillo
nos hace violencia desde la pura enramada,
la flor no tiene espacio y se apresura a rebasar;

¿acaso no quiere todo el viento? Sólo este dios,
como una columna, permanece al margen, dividiendo
arriba en lo alto, donde soporta, hacia ambos lados,
la etérea bóveda de su imperturbabilidad.

(París, a últimos de febrero de 1913.)

☆

Cielos pletóricos de prodigadas estrellas
brillan suntuosos sobre la angustia. No a la almohada,
sino a lo alto dirige tu llanto. Aquí junto al rostro
que llora, que al propagarse
termina, comienza ya apasionante
el espacio cósmico. ¿Quién interrumpe,
cuando tú te instas hacia allí,
la caudalosa corriente? Nadie. A no ser
que tú de pronto forcejees con el poderoso rumbo
de aquellos astros que avanzan hacia ti. Respira.
Respira lo oscuro de la tierra, y de nuevo
levanta la vista. De nuevo. Sin peso y sin rostro
se reclina contra ti desde arriba lo profundo. La faz
diluida de la noche da espacio a tu rostro.

(París, abril de 1913.)

☆

¿No es el dolor, no es fecundo el dolor
cuando la reja del arado halla una
nueva capa donde ahincarse segura?
¿Cuál es el último que nos acaba?

¿Dónde está la medida del dolor? ¿Cuándo hubo tiempo
de dar otro más leve sentimiento?
Y sin embargo conozco la dicha,
mejor que muchos de los que han de resucitar un día.

(París, otoño de 1913.)

Qué importa que yo fuera un día o sea: tú pasas ignorándome,
oscuridad infinita hecha de luz.
Y lo elevado, que tú en el espacio preparas,
lo recojo yo, desfigurado, en mi rostro fugitivo.

Si sintieras, oh noche, cómo yo te contemplo,
cómo mi ser retrocede al impulso
de querer arrojarse confiado en tus brazos.
¿Puedo asirlo de modo que mi ceja, al arquearse de nuevo,
salve tan vasto caudal de mirada?

Sea la naturaleza, tan sólo
una *sola osada naturaleza: esta vida y la imagen lejana*
de aquel astro, al que interrogo llorando:
así ansío ejercitarme, resuelto como la piedra
a no ser más que en la pura figura (1).

(París, diciembre de 1913.)

☆

Pensamientos de la noche, alzados de vislumbrada experiencia,
los que ya el niño interrogando en silencio penetró,
lentamente os pienso ahora de nuevo, y arriba, arriba
la poderosa prueba con ternura os acoge.

Que vosotros sois, *está ya afirmado; que aquí, en estrecho recipiente,*
se engendra secretamente la noche, que a las noches se suma.
Y de súbito: con qué sentimiento reposa la infinita, la más vieja,
sobre las hermanas en *mí, a las que yo encorvado custodio.*

(París, diciembre de 1913.)

☆

El que tú me peraltes con estas noches,
¿no es como si me ofrecieras,
ilimitadamente, más sentimiento
que el que yo, sintiendo, puedo abarcar?

(1) Otra redacción un poco posterior de este mismo poema carece de la tercera estrofa, y en el último verso de la primera, en lugar de «en mi rostro fugitivo» *(an mein flüchtig Gesicht)*, se dice: «en mi rostro despierto» *(an mein waches Gesicht)*.

Ay, desde aquí son poderosos los cielos, como poblados de leones,
que soportamos sin comprenderlos.
No, tú no los conoces, porque se recatan
y vienen más tímidos a tu encuentro.

(París, otoño de 1913.)

LA PAREJA DE HERMANOS

I

¡Oh, cómo, con qué llanto
nos hemos acariciado hombros y párpados!
Y la noche se ocultaba en los cuartos
como un animal herido, transido por nosotros de dolor.

¿No fuiste para mí de entre todas la elegida?
¿No me era suficiente con que fueras mi hermana?
Tu ser me era plácido como un valle,
y ahora también desde la proa del cielo

se inclina en aparición inagotable
y me avasalla. ¿A dónde podré huir?
Ay, con gesto de reprimido llanto
te inclinas hacia mí, inconsoladora.

II

No nos hagas distinguir en la oscura
dulzura la vertiente de las lágrimas.
¿Sabes si padecemos los deleites
o si alumbramos del dolor bebido?

¿Crees llorando acaso que abstenerse
duele más que una entrega voluntaria?
Cuando la resucitada multitud un día
nos deshermane, y ambos, dos cualquiera,

de pronto, al despertar de las trompetas,
tambaleando nos incorporemos desde la tumba:
oh, entonces este admirable placer
por ti cuán inocente será a los ángeles.

Pues también es profundo, mira, el placer
en el radiante espíritu, que arde y suena.
Y luego me ayudarás a hincarme de rodillas,
y luego, arrodillado a mi lado, mirarás.

(París, a finales de 1913.)

☆

Mira, los ángeles sienten a través del espacio
sus eternos sentimientos.
Nuestra incandescencia sería para ellos frialdad.
Mira, los ángeles arden a través del espacio.

Mientras que para nosotros, que no lo sabemos de otro modo,
unas cosas se nos oponen y otras acontecen en vano,
los ángeles avanzan entusiasmados por sus metas
a través de la región prescrita.

(París, a finales de 1913.)

☆

Por ti, para que tú un día llegaras,
¿no respiraba yo a media noche
el flujo que ascendía de las noches?
Porque esperaba, con magnificencias
casi inagotables, saciar tu rostro,
cuando reposó una vez contra el mío
en infinita suposición.
Silencioso se hizo espacio en mis rasgos;
para responder a tu gran mirada
se espejaba, se ahondaba mi sangre.

Cuando a través de la leve separación de un olivo
me avasallaba más fuerte la noche llena de estrellas,
me erguí, y erguido me doblé hacia atrás,
y aprendí a reconocer aquello
que jamás relacioné contigo.

¡Qué expresión fue sembrada en mi interior
para que, cuando crece tu sonrisa,
contemple sobre ti espacio cósmico!

Pero tú no vienes, o vienes demasiado tarde.
Precipitaos, ángeles, sobre este
linar azul. ¡Segad, segad, oh ángeles!

(París, a finales de 1913.)

☆

Mas ahora será el ángel quien beba
así espaciosamente de mis rasgos
vino clarificado de los rostros.
Sediento, ¿quién desde aquí te hizo señas?

Ardes de sed, aunque la catarata
de Dios se precipita por tus venas.
¡Y que tú sigas aún sediento! Entrégate
a la sed. (Cómo has hecho presa en mí.)

Y fluyendo siento cuán seca estaba
tu mirada, y estoy tan inclinado
sobre tu sangre que mis ondas cubren
la alta, la pura orilla de tus cejas.

(París, a finales de 1913.)

★

Lejos, la que yo rogué, para al fin saborear mi sonrisa
(cuán sabrosa hubiera sido),
siempre cada vez más cerca, en el oriente detrás de los astros,
aguarda el ángel a que yo esté claro.

No os lo limite el acecho, una huella,
cuando pasa por un claro de bosque;
sea para él el dolor que sufro, agreste naturaleza:
él abreva confiado en la fuente.

¿Fui yo para vosotros verde o dulce? Hagamos por olvidarlo,
para que no nos alcance el pudor.
Si yo florezco o expío, eso lo medirá el ángel,
que vino, sin yo atraerlo.

(París, a finales de 1913.)

Un día tomé entre mis manos
tu rostro. Sobre él caía la luna.
El más increíble de los objetos
sumergido bajo el llanto.

Como algo solícito, que existe en silencio,
tenía que durar casi como una cosa.
Y con todo nada había en la fría noche
que más infinitamente se me escapara.

Oh, porque desembocamos en estos lugares,
se apresuran hacia la pequeña superficie
todas las ondas de nuestro corazón,
voluptuosidad y desfallecimiento,
y al fin, ¿a quién ofrecemos todo esto?

Ay, al extraño, que nos ha malentendido,
ay, a aquel otro, que nunca hemos encontrado,
a aquellos siervos, que nos han maniatado,
a los vientos de primavera, que se han desvanecido,
y a la quietud, la perdedora.

(París, hacia finales de 1913.)

☆

¡Oh, qué elevación
de rostro en rostro!
Irrumpe de los culpables
renunciamiento y perdón.

¿No soplan frías las noches,
soberbias de lejanía,
a través de los milenios?
Mejora el campo del sentimiento.
De pronto verán los ángeles
el rendimiento.

(París, entre finales de 1913 y comienzos de 1914.)

Cuando yo así consumo tu rostro
como las lágrimas al que llora,
multiplico mi frente, mi boca
por esos rasgos que en ti conozco,

... ...

(París, entre finales de 1913 y comienzos de 1914.)

☆

A menudo te contemplé con asombro, de pie frente a la ventana ayer
allí estaba yo mirándote boquiabierto. Aún estaba como [iniciada,
vedada para mí la nueva ciudad, y el paisaje no persuadido
se cubría de sombras como si yo no existiera. Las cosas cercanas
no se tomaban el trabajo de hacerse comprensibles para mí.
Bajo el farol se apretujaba la calleja: veía que me era extraña.
En frente, en un cuarto propicio a la simpatía, aclarado por la lámpara,
estaba yo participando ya. Ellos lo presintieron y bajaron las celosías.
Seguí inmóvil. Entonces empezó a llorar un niño. Yo sabía las madres
trajinando dentro de las casas de lo que ellas son capaces, y sabía
igualmente las razones inconsolables de todo llanto,
o cantaba una voz que acercaba un poco más la inminencia
de la espera, o tosía abajo un viejo
lleno de reproche, como si su cuerpo estuviese autorizado
para ensañarse contra el mundo más benigno. Después sonó una hora.
Yo la conté demasiado tarde y se me pasó de largo.
Como un muchacho, un extraño, si es que finalmente es admitido
entre los demás, pero no caza la pelota ni conoce ninguno
de los juegos que los otros tan fácilmente practican entre sí,
así estaba yo, y de pronto comprendí que andas conmigo y juegas,
oh tú, crecida noche, y te miré asombrado. Allí donde las torres
parecían airadas, allí donde me rodeaba una ciudad cuyo
destino me volvía la espalda, y las no adivinables montañas
se extendían contra mí, y donde en un ambiente más cercano
la hambrienta extrañeza mudaba el azaroso flamear
de mis sentimientos: he aquí que tú, elevada noche,
no tuviste vergüenza de conocerme. Tu aliento
pasaba sobre mí. Tu dilatada seriedad, compartida
con sonrisa, penetró en mí.

(París, enero de 1914.)

Quiero entregarme a ti. Actúa. Pasa por mí
todo lo que puedas. ¿No has formado el rostro de los pastores
más grande que el seno de las princesas
en el continuado linaje de los reyes y la futura osadía
formaron la coronada expresión? Cuando los galeones
en la madera asombrada de la tallada proa
acogen los rasgos del espacio del mar e, instándose,
se alzan silenciosos: ay, ¿cómo el que siente, el que quiere,
el que se desgarra, podría dejar de ser más semejante a ti, inflexible
[noche?

(París, a comienzos de enero de 1914.)

☆

Ay, del encuentro con un ángel baje
resplandor a este mar sobre una luna,
dentro mora, mudo coral agónico,
mi corazón en sus ramas más tiernas.

Estrechez, que mano oculta me añade,
incierta permanece para mí,
río que fluye tardo o impetuoso
profundidad u obstáculo indica.

De la rígida e insensible vejez
giran seres de repente elegidos,
y de todos lo eternamente mudo
se vuelca con estruendoso suceso.

(París, febrero de 1914.)

☆

Alzando la vista del libro, de las próximas y contadas líneas,
hacia allá en la colmada noche:
Oh, cómo se reparten con celeste regularidad los estrechados senti-
como si se desatara *[mientos,*
un haz de flores silvestres:

Juventud de los leves, tendencia vacilante de los graves,
proa rezagante de los tiernos sentimientos.
Placer de relación por todas partes, y codicia en ninguna;
mundo en exceso y tierra bastante.

(París, febrero de 1914.)

DEL CICLO DE LOS POEMAS A LA NOCHE

¿No está ahí la sonrisa? Mira, ¿no está ahí,
en los campos de plenitud exhaustos,
eso que hacemos florecer un poco
cuando al rostro nos sube la fatiga?

Nocturnas notas de música ignota:
¿Dónde el palmo que tus límites toque?
¿Dónde la voz que tus cumbres escale?
¿En qué varón el bajo de tu abismo? (1)

¿Ya no nos es dado seguir plantando
hasta allí el puro hervor de la esencia,
donde un derroche de sentido se une
dichoso a distancias confabuladas?

Ahí afluía gozando el camino,
tras desplome y resistencia del cauce,
transcurriendo opuesto en tranquilos brazos
el adorante, ancheado caudal.

(Oh ignota mitad de todos los mundos,
sustrayéndose a mi ignota mirada.)

(París, noviembre de 1913.)

☆

Lágrimas, lágrimas que de mí rompen.
Muerte mía (1), *la portadora*
del corazón, sosténme más oblicuo
para que escurran. Ay, yo quiero hablar.

Negra (2), *asa gigante del corazón.*
Aun cuando yo hablara,
¿crees tú que rompería el silencio?
¡Acúname, oh anciana! (3)

(París, avanzado el otoño de 1913.)

---

(1) *Bass* = bajo (sonido).
(1) *Mohr* = muerte, según nuestra interpretación.
(2) *Schwarzer* = negra. Cambiamos el género, porque según nuestra interpretación, se refiere a la muerte, que en alemán es masculino.
(3) *Alter* = anciana. Cambiamos el género por la misma razón.